



COLLECCIÓN  
**CALCETÍN**

# El enigma del Grafitero Misterioso

Israel  
Campos

Dibujos de  
Anabel  
Herrero





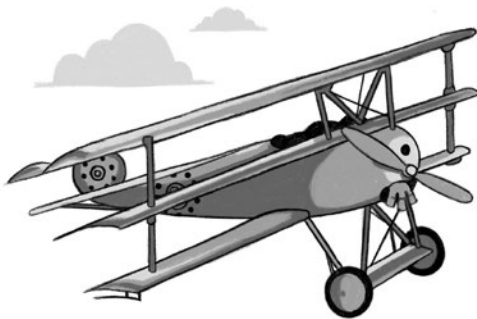
¡Maldición!

El conserje del colegio Verne dejó su despacho y se dispuso a abrir las puertas interiores por donde los chicos entrarían después de hacer las filas. Le encantaba el colegio a esas horas. ¡Qué maravillosa sensación no oír gritos, ni voces, ni llantos ni el sonido de pasos corriendo! Todo estaba en silencio, aunque eso era algo que iba a durar muy poco.

Abrió las gruesas puertas que daban a los patios. Se dio cuenta de que en uno de ellos había un balón. Salió a buscarlo, maldiciendo que los niños fuesen tan descuidados y desordenados. Lo agarró y se dispuso a entrar de nuevo. Su siguiente misión, como todos los días, sería encender la foto-

copiadora, que era un milagro que funcionase con el uso que le daban los profesores. Claro, luego se atascaba cada dos por tres y le llamaban a él para que la arreglase.

—¡Maldición! —exclamó deteniéndose en seco—.  
¿Quién habrá sido el gamberro? ¡Dichosos críos...!  
¡Con lo limpia que estaba la pared!  
¿Quién podría haber hecho eso?



## Hugo no para y Bea se la carga

Si una mosca se hubiese colado en la clase de sexto A, se habría podido oír su revoloteo sin problemas. Y eso era porque Alfredo, el tutor, había mandado tres páginas del libro de matemáticas repletas de ejercicios y problemas, por lo que no había tiempo para hablar. Oculto tras su periódico, sabía que tenía el control, aunque, de vez en cuando, sus ojos se asomaban por encima de las hojas, como si fuera un búho, para comprobar lo que ya sabía: allí no se movía nadie. No en vano le llamaban Darth Alfred, pero, claro, a ver quién se atrevía a decir eso en su presencia.

Toc, toc, toc.

Hugo fue el que dio esos golpecitos al brazo de Bea, que estaba sentada a su lado. Ella le interrogó con la mirada. Él, con cuidado, tratando de no hacer ruido, sacó la agenda de su mochila, la abrió por las páginas finales y le mostró un par de fotos de unas maquetas de aviones. Y es que era un apasionado de las maquetas.

—¿Y? —preguntó Bea con apenas un susurro.

—¿A que son geniales?

—Vale, pero guárdalas, que nos las vamos a cargar.

—Mi madre —siguió Hugo sin hacerle el más mínimo caso— me ha prometido que me las comprará si apruebo el control de matemáticas del viernes.

Alfredo pasó una hoja del periódico y el sonido retumbó en toda la clase. Hugo, de manera inconsciente, cerró la agenda y la guardó a tal velocidad que tiró el libro, el cuaderno y los bolígrafos. El estropicio resonó como un cañonazo en mitad de aquel silencio.

Alfredo elevó los ojos, abiertos como platos, sobre el periódico y contempló a Hugo del mismo modo que alguien que odia los insectos miraría una cucaracha subiéndole por el brazo. Luego, volvió a desaparecer tras las hojas.

Bea, viendo que la tormenta había pasado, siguió con el ejercicio, que, por cierto, le estaba dando problemas.

Toc, toc, toc, toc.

De nuevo, golpecitos en el brazo. Otra vez se trataba de Hugo, que se notaba que, o bien no tenía ganas de trabajar, o le apetecía hablar. O las dos cosas.

—¿Qué quieres? —preguntó ella con apenas un hilo de voz.

—¿Has visto el grafiti del patio?

—De pasada. No me he fijado.

Hugo se refería, por supuesto, al espectacular grafiti que había aparecido en la pared del colegio justo enfrente de donde los chicos hacían las filas para entrar.

—¿A que es alucinante? Dicen que tiene una palabrota incluida.

—¡Anda ya!

Bea, para finalizar la conversación, hizo un gesto con la mano y siguió con el ejercicio.

Toc, toc, toc, toc.

—¿Qué? —preguntó enfadada, elevando, sin querer, el tono de voz. La chica de delante se volvió y les dirigió una mirada molesta.

—¿Por cuál vas? —preguntó Hugo.

—¡Por el ocho!

—¿Ya? ¡Yo voy por el dos!

—¡No me extraña!

—¿Por?

—¡Porque no te callas!

—Oye —siguió él a lo suyo—, ¿vamos a verlo en el recreo?

—¿A ver qué?

—¡El grafiti!

—¿Quieres dejarme tranquila?

—Va a ser muy difícil —tronó de repente la voz de Alfredo en mitad del silencio— ver esa tontería del grafiti si los dos os quedáis castigados en el patio, ¿verdad?

Toda la clase se volvió hacia Bea y Hugo. Ella, molesta, resopló y hundió su cabeza en el cuaderno. Ya no había vuelta atrás.

Alfredo dejó el periódico a un lado y se levantó. Era bajito, pero tenía algo especial que imponía. Quizás esos ojos o aquella cara de Terminator.

—Hugo —dijo—, ¿cómo es posible que, yendo todavía por el ejercicio dos, te permitas el lujo de perder el tiempo hablando de los dibujitos que algún gamberro va haciendo por las paredes? Luego vendrá tu madre a quejarse y dirá que estás hasta las tantas haciendo la tarea porque pongo muchos deberes.

Hugo no contestó, pero volvió a pensar que Alfredo debía de tener una especie de oído mutante superpoderoso.

—Y tú, Beatriz —siguió—, ¿quieres que hable con tu padre? Lo tengo muy fácil; solo tengo que bajar las escaleras. O, mejor aún, te puedo mandar a su despacho. ¡Verás qué contento se pone!

Bea, muerta de la vergüenza, bajó la mirada. Primero, porque a Alfredo le encantaba llamarla

Beatriz; de hecho, era el único que la llamaba así. Segundo, porque adoraba recordar a todo el mundo que era la hija del director, sobre todo cuando tenía alguna excusa, por pequeña que fuese, para llamarle la atención.

—Seguid con la tarea y que no os vuelva a oír —acabó diciendo—. Lo que un gamberro haga en las paredes del colegio no debería importarnos.

Y, por supuesto, siguieron trabajando. En completo silencio.





## Grafiti con palabrota

En el patio, unas cuantas chicas de la clase estaban en la escalera frente al gimnasio tomando sus desayunos. Y Bea estaba muy enfadada.

–...Y no le hagas mucho caso –decía Blanca, una compañera–. Si ya sabes cómo es. Siempre está de mal humor.

Se referían, claro, a Alfredo.

–Yo creo que está de mal humor hasta cuando duerme –opinó Raquel.

–La culpa es del friki de Hugo –intervino Irene, que era una redicha y parecía saberlo siempre todo. Claro que, esta vez, tenía razón–. Seguro que

te estaba diciendo algo de superhéroes o de *Star Wars*. ¡Como si lo vieses!

—Casi —respondió Bea—. Me estaba enseñando unas maquetas de aviones.

—¿Veis? —preguntó Irene—. Lo que yo decía: un friki.

—¡Mira tú por dónde! —dijo Blanca. Y es que Hugo acababa de aparecer y se acercaba al grupo.

—¡Hola! —saludó—. ¿Qué hacéis aquí?

—¿Tú qué crees? —preguntó Irene.

—¿Habéis visto el grafiti?

Bea resopló.

—¿No estabas jugando al fútbol? —le preguntó.

—Sí —respondió Hugo poniéndose serio—. Es que... estaba de portero y eso no es lo mío. Es un poco aburrido esperar a que vengan con el balón para que te lo lancen y lo pares.

—¿Cuántos te han marcado? —preguntó Irene con muy mala idea—. ¿Seis? ¿Ocho?

—Cuatro, lista —la corrigió Hugo—. Y uno, encima, de penalti.

—¡Hala! —exclamaron las chicas.

—Vamos —intervino Blanca—, que te han echado por manta.

—Pues no —respondió Hugo—. Me he ido yo. Bueno, ¿qué me decís del grafiti?

—Que pasamos de él —se apresuró a decir Irene.

—¡Pero si es alucinante! ¿Venís a verlo?

–No –dijo Raquel–. Nos vamos.  
–Ahora voy –dijo Bea–. Voy a terminarme el bocadillo.  
–Vale. Ahora te vemos.  
Las otras tres se fueron y Bea se quedó a solas con Hugo.  
–¿Vienes a verlo?  
–No tengo ganas de ver nada. Ni el grafiti ni a ti.  
–¿A mí? ¿Qué he hecho yo?  
–Pero ¿es que no te das cuenta?  
–¿De qué?  
–¡De que me he llevado la bronca por tu culpa!  
–estalló Bea.  
–¿Aún estás con eso? –preguntó él–. Bah, pasa. No le des importancia. ¡Yo no se la doy!  
–Tú no le das importancia a nada, pero yo sí. Con la mala idea que tiene, seguro que Alfredo habla con mi padre y, entonces, me la volveré a cargar.  
–Bah, bah, bah –dijo Hugo dando una patadita a una bola de papel de aluminio–. A ti lo que te duele es que haya salido el tema de que tu padre es el director del cole. Bueno, pues muy bien. ¡Si eso es algo que sabe todo el mundo!  
–Ya, pero a mí no me gusta eso de ser *la hija de...*  
–Venga, no te enfades, que te va a dar una úlcera.  
–Sabrás tú lo que es una úlcera.



—¡Pues sí lo sé! Bueno, no. Bueno, sí. Es... No estoy seguro, pero mi padre se lo dice a mi madre cuando ella se preocupa mucho, cosa que hace muy a menudo: se preocupa por el trabajo, por el dinero, por la comida, por la conexión a Internet que nunca va... En fin, ¿vienes a ver el grafiti?

—Mira que eres pesado con el dichoso grafiti.

—Venga, vente —insistió él tirando de la manga del abrigo de ella—. Seguro que es más alucinante que las cursis de tus amigas.

Bea, con tal de no oírle más, cedió y fue con él.

No tardaron ni diez segundos en llegar a la pared donde estaba el grafiti. En ese momento, unos cuantos curiosos lo estaban contemplando. El conserje había colocado unas vallas amarillas para que nadie más lo tocara .

Para empezar, era bastante grande. De hecho, ocupaba más de media pared. Pero lo intrigante era el contenido: había dibujada una silueta de un niño —al menos parecía un niño— de cintura para arriba y de perfil que, además, se señalaba a sí misma con el dedo índice. Pero lo más curioso era que, debajo de ella, estaban escritas en color rojo brillante unas letras: «PLOTARY».

—Pues vaya —dijo Bea—. Tampoco es para tanto. Y yo no veo ningún taco por ninguna parte.

—*Ploteary* —repitió Hugo—. ¿Qué será eso?

—Una tontería —le respondió Bea.

–Yo creo que tiene que ser una palabrota. Y de las gordas.

–Tú flipas.

–Es un anagrama –dijo una voz tras ellos.